

GRANÉS

ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

UN VIAJE AL OTRO MUNDO,

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN VERSO,

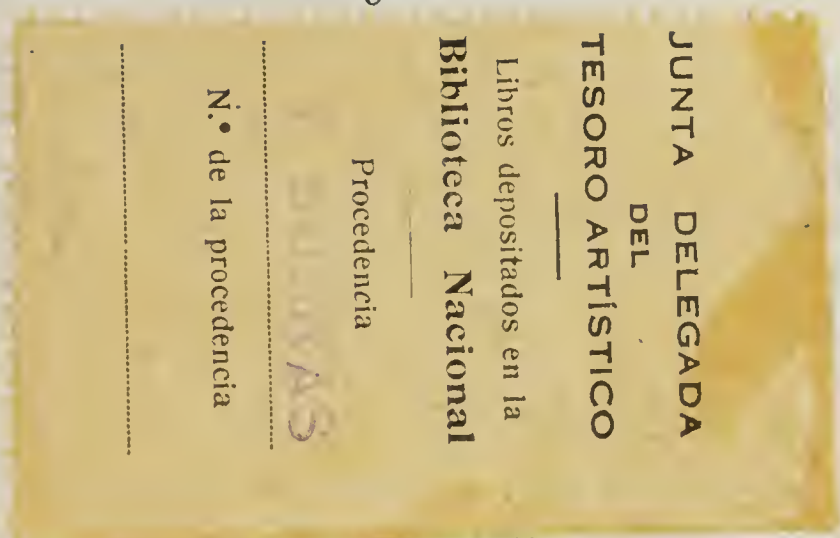
LETRA DE

DON SALVADOR MARÍA GRANÉS.

Música de

D. MANUEL CRESJ.

Estrenada con gran éxito en el Teatro-Circo de Madrid el 15 de
Agosto de 1874.



MADRID:

IMPRENTA DE GABRIEL ALHAMBRA,

CALLE DE SAN BERNARDO, 73.

1874.

PERSONAJES.

ACTORES.

MARÍA.....	Srta. Delgado.
EL CONDE.....	Sres. García.
FIDEL.....	Crescj.

La accion en un pueblo de la montaña de Cataluña.—
Época actual.

NOTA IMPORTANTE. En las compañías donde no hubiera tenor sério, ó convenga mas dar otro reparto á esta zarzuela puede desempeñar el papel del Conde el barítono, y el de Fidel el tenor cómico, para lo cual se ha arreglado la partitura.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá reimprimirla ni representarla sin su consentimiento. El autor se reserva el derecho de traduccion. Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática del Sr. Hidalgo son los únicos encargados del cobro de derechos y venta de ejemplares. Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Gabinete elegante pero no lujoso. Puerta al foro y laterales. A la izquierda en primer término un velador con recado de escribir sin salvadera, un timbre y cigarrera con cigarros. Cordon de campanilla. Chimenea francesa y sobre ella un cofrecito que contendrá los objetos que marca el diálogo.

ESCENA PRIMERA.

FIDEL, *arreglando una maleta.*

Bien; ya metí en la maleta
el equipaje preciso
para un viaje, una corbata,
un peine, un cuello postizo,
y por exceso de lujo
dos pares de calzoncillos.
Qué hombre tan raro es mi amo!
Siendo jóven, Conde y rico
y habiendo vivido en Lóndres,
hace diez años se vino
á habitar este villorrio
tan feo! Vaya un capricho!
Pues y el de hacerse traer
un carricoche ridículo
que tiene toda la caja
sembrada de agujeritos!
Y el de comprar un caballo
sesenton y medio tísico
con una tos tan continúa,
que al ver al animalito
me dan ganas de ofrecerle
pastillas de malvabisco!
Pobre amo mio! Se aburre
y le consume el fastidio;
y es que allí, en *Inglaterra*
adquirió ese mal maldito
que llaman... el *espolin*...
ó un nombre así parecido.
Aquí está!

:

ESCENA II.

FIDEL y EL CONDE. *Avanza lentamente sumido en sus reflexiones. Luego levantando el rostro pálido é imposible, esclama.*

CONDE. Todo vá bien!

Muy bien.

FIDEL. (Qué aire tan sombrío!)

CONDE. Hoy me siento muy alegre.

FIDEL. (Lo disimula muchísimo).

CONDE. Fidel, esta misma tarde (*sentándose al velador*) quiero ponerme en camino.

Voy á ajustarte la cuenta.

FIDEL. No me lleva usted consigo?

CONDE. Llevarte en mi compañía!... (*Riendo.*)

Cuando tú sepas el sitio (*muy sério*) adonde voy...!

FIDEL. Para mí, señor, todos son lo mismo.

CONDE. Vienes, pues?

FIDEL. Sí tal.

CONDE. Corriente.

Partiremos á las cinco;

tú guiarás la berlina.

FIDEL. La de los agujeritos?

CONDE. Sí; tomarás el atajo.

FIDEL. El que lleva al mar?

CONDE. El mismo.

FIDEL. Y luego?

CONDE. Seguido todo.

FIDEL. Y luego?

CONDE. Siempre seguido.

FIDEL. Bien. Llegamos á la peña que domina el precipicio sobre el mar... un admirable punto de vista!

CONDE. Magnífico!

FIDEL. Y una vez allí torcemos...

CONDE. No, no torcemos; seguimos todo derecho.

FIDEL. Gran Dios!

CONDE. Y nos hacemos añicos.

FIDEL. Misericordia! Socorro!

Yo voy á buscar un cívico!

CONDE. Te asusta el salto? Cobarde!

FIDEL. Qué motivos, señorito, tiene usted para matarse?

- CONDE. Imbécil! y qué motivos
tienes tú para vivir?
- FIDEL. Yo no lo sé á punto fijo;
pero desde que nací
me he acostumbrado á estar vivo;
y al perder esa costumbre
haría un gran sacrificio.
- CONDE. Oh! Si la vida es tan bella!
tiene tantos atractivos!...
Levantarse, bostezar,
ver el sol, comer cocido,
afeitarse, si es que no
nos afeita algun amigo,
pidiéndonos cinco duros
que no nos paga el muy pillo;
Ver mujeres revocadas
igual que los edificios,
pasearse, oír comedias
de argumentos siempre insípidos,
irse á la cama, roncar. ...
y al otro dia lo mismo.
Eso es hermoso! Sublime!...
Extra-superior! Magnífico!
- FIDEL. Pero hay, señor, en la vida,
goces que no son tan frívolos.
- CONDE. Cuáles?
- FIDEL. Los goces del alma:
consolar al afligido ,
inspirar la gratitud
repartiendo beneficios.
- CONDE. Sí, eh?
- FIDEL. Si usted por ejemplo,
me regalase ahora mismo
quinientos reales... ó mil...
- CONDE. Qué harías?
- FIDEL. Ir en dos brincos
por Rita, á la que su tia
quiere casar con el pícaro
de Andrés, ese posadero
dueño del meson vecino,
El del Caracól?
- CONDE. El del Caracól?
- FIDEL. Cabal.
- CONDE. Y qué harías, conseguido
el ver á Rita?
- FIDEL. Casarme.
- CONDE. Lo esperaba! El egoismo,
la ingratitud! Siempre igual!

— Dame un cigarro.

FIDEL.

Y bien rico!

(Saca uno de la cigarrera que hay en la mesa.)

CONDE.

Escucha. Hace nueve años (lo enciende)

iba yo por San Feliu

de caza, con mi escopeta.

De pronto siento un gran ruido,

me vuelvo y veo un carruaje

al que con furioso ímpetu

el caballo desbocado

iba á arrojar á un abismo.

Ante aquel riesgo inminente

ni un solo instante vacilo,

preparo bien mi escopeta,

apunto al caballo, y tiro.

El animal cayó muerto,

y así salvé del peligro

á los que iban en el coche:

un señor de aspecto altivo

y una encantadora niña

de unos seis años.

FIDEL.

Bravisimo!

Aquel caballero entonces

se arrojaria de fijo

al cuello de usted?

CONDE.

Sí tal;

Justamente es lo que hizo;

se arrojó á mi cuello...

FIDEL.

Bien

CONDE.

Para ahogarme.

FIDEL.

Habrá genizaro!

CONDE.

Y me demandó ante un juez,

que me sentenció en el juicio

á abonarle diez mil reales

por los daños y perjuicios.

FIDEL.

Qué bruto!

CONDE.

En cambio la niña

me echó al cuello sus bracitos;

y me ofreció la muñeca

con que jugaba.

FIDEL.

Magnifico!

CONDE.

Aun conservo aquel juguete

en recuerdo del indigno

proceder de su papá.

Aprende, y haz beneficios.

FIDEL.

Es verdad, el otro dia

por sujetar á un gatito

que iba á caerse en un pozo
me arañó y me dió un mordisco.
CONDE. Pues esa es la humanidad;
créeme y vente hoy conmigo.

FIDEL. Al otro mundo?

CONDE. Sí, piénsalo.
Voy á echarme hasta las cinco.
Despiértame cuando den,
y á ver si te has decidido.

FIDEL. (Lo dudo!)

CONDE. Ah! se me olvidaba.
Si hoy conmigo dás el brinco,
te lego esta casa.

FIDEL. Qué oigo!
CONDE. Con sus muebles y utensilios,
para ti y tus herederos
y sucesores legítimos. (*Váse.*)

ESCENA III.

FIDEL.

Oh dicha! Oh fortuna! Oh júbilo!
No sueño! Voy á ser rico!

MÚSICA.

Me iré á la Habana
con mi dinero
y allí haré vida
de caballero.
Tendré negritas
que me darán
las conservas de frutas
que hacen allá.
¡Ay! Con la piña tan rica
de aquel país
¡ay! me seduce una chica
de fijo á mí.
¡Ay! Con el coco me acaba
de engatusar
¡ay! si me dá la güayaba
Va á ser... ¡la mar!

HABLADO.

Él su casa me traspasa
si al mar me arrojó á su lado.
Y despues de haberme ahogado
para qué quiero yo casa?

Ahogarme! Le seguiré
lo mismo que un perro dogo
y haré como que me ahogo;
pero... ¡quia! No me ahogaré!
Dar yo tal gusto al que impide
mi boda con Rita? Un cuerno!
(Dirigiéndose hácia el balcon y como hablando á
alguien).

Seré tu rival eterno
no esperes que me suicide.

—Dice Ovidio que es brutal
el recurrir al suicidio,
y si no lo ha dicho Ovidio,
lo digo yo que es igual.

MARÍA.

FIDEL.

MARÍA.

FIDEL.

MARÍA.

FIDEL.

MARÍA.

FIDEL.

Eh! Buen hombre! (*Dentro*).

Es á mí?

Sí.

Qué ocurre, cara de sol?

El meson del Caracól,
está muy lejos de aquí?

(Hola! Vá al meson de Andrés!
Si le pudiera birlar
la parroquiana!...)

Hay que andar
mucho?

No tal; aquí es.

(*Retirándose del balcon.*)

Tal vez haga mal en esto;
pero así un huesped le quito
á ese hostelero maldito;
á ese rival que detesto!
Pero y mi amo? Canario!
Bah! Duerme y no la verá!
Además, yo aquí soy ya
casi, casi, el propietario.

ESCENA IV.

FIDEL. MARÍA.

MARÍA.

(*Trae un cabat colgado del brazo.*)
Ya dejé la soledad.
del convento!

FIDEL.

MARÍA.

FIDEL.

MARÍA.

FIDEL.

Chist! Mas bajo!

Muera el órden y el trabajo!

Chist!

Viva la libertad!

(Si el amo con tanto grito

despierta, va á haber funcion.)

MARÍA. Es muy bonito el meson;
no es verdad?

FIDEL. (*Hablando siempre muy bajo.*)

Sí, muy bonito.

MARÍA. En vano estuve mirando,
porque aqui nada demuestra
que esto es meson. Y la muestra?
dónde está?

FIDEL. La están pintando.

MARÍA. Uf! Qué frio! Eche usted un tronco

FIDEL. Haré astillas de esa tabla.

(*Fidel arregla la chimenea*)

MARÍA. (Caramba que bajo habla!
Eso será que está ronco.)
Ah! Diga usted: ha venido
hoy un jóven?

FIDEL. (Me la olí!)

Guapo?

Sí.

MARÍA. Buen mozo?

FIDEL. Sí.

MARÍA. Decidor?

FIDEL. Sí.

MARÍA. Bien vestido?

FIDEL. Sí.

MARÍA. De facciones risueñas?

FIDEL. Sí.

MARÍA. De mirada atrevida?

FIDEL. Sí.

MARÍA. Pues no he visto en mi vida
á ninguno de esas señas.

FIDEL. Pronto vendrá por aquí
ese jóven que yo aguardo.

MARÍA. Él se llama D. Ricardo,
y preguntará por mí.

FIDEL. (Demonio! Hará que me alarme!)
Y el tal jóven, eso es óbvio,
de fijo será...

MARÍA. Mi novio.

FIDEL. Y á qué viene?

MARÍA. A qué? A robarme.

FIDEL. (Y lo dice la inocente!)
Es mi futuro.

MARÍA. Ay! Auguro
que por mirar al futuro,
arriesga usted el presente.

- MARÍA. El pobre no pierde ripio;
mas viene con buen fin.
- FIDEL. Ya!
Con buen fin sí que vendrá,
pero no con buen principio.
- MARÍA. Me dió su retrato al óleo.
Es estudiante de leyes.
Llama mónstruos á los reyes
y es redactor del *Petróleo*.
Afirma que la mujer
es libre; y me lo probó
citándome á un tal Rusó, (1)
y además á un tal Voltér.
María, me dijo un dia,
deja ese convento y vente;
si tú eres un ser consciente
recobra tu autonomía.
Y en lenguaje peregrino
me habló del *yo* y del *no yo*.
- FIDEL. Pues ya que del noyó habló,
debió hablar del marrasquino.
- MARÍA. Me dió cita en la posada
del Caracól; y yo aquí
le espero.
- FIDEL. Conque aquí?
- MARÍA. Sí.
- FIDEL. (Pues espérala sentada).
- MARÍA. En cuanto acuda al reclamo,
Dígale que aquí estoy yo,
señor posadero.
- FIDEL. No,
el posadero es mi amo.
(*Recoge algunos efectos de ella y los pasa á la
habitacion de la derecha, donde la indica que
entre.*)
- MARÍA. Pase usted á ese gabinete
Estoy bien.
- FIDEL. No, pase usted.
(Si el amo sale y la vé.
la chica me compromete).
- MARÍA. Me quedo aquí.
- FIDEL. (Pues yo emigro!)
- MARÍA. No haga usted ruido.
Qué pasa?

(1) Están escritos los nombres como se pronuncian.

Hay algun enfermo en casa?
Uno... de mucho peligro!

FIDEL.

MARÍA.

Sí?

FIDEL.

Tal su angustia le abate
que á él en vano me consagro.
Como Dios no haga un milagro,
hoy mismo lia el petate. (*Vase*).

ESCENA V.

MARÍA.

Respiro al fin! Ya soy libre!
No tengo quien me regañe.
Ya no veré aquellos cláustros
que temblar de miedo hacen;
ni á la madre superiora
con su cara de vinagre.
Que me llamen ahora niña,
cuando me atreví á escaparme
del colegio, y tengo ya
lo que envidian muchas grandes...
un novio, que para ser
mi marido, va á robarme
como pasa en las novelas
de Fernandez y Gonzalez.
Ay! Y qué cosa tan rica
debe de ser el casarse!

MÚSICA.

El amor es un viaje
hecho por ferro-carril
y por varias estaciones
pasan los que van allí.

—
Cuando un pollo vé á una niña
y se para ante el balcon
y la enseña un papelito...

Primera estacion.

Cuando por el ventanillo
la declara su pasion
y ella al fin el *sí* le otorga...

Segunda estacion.

Cuando el novio entra en la casa
y hay un duo de sillón
sotto voce, piano, piano...

Tercera estacion.

Mas si sienten los amantes

detenerse su wagon
y entran en la vicaría...
Ultima estacion!

—
Y todas las niñas
tenemos deseo
de hacer ese viaje
en tren de recreo,
pero solamente pocas
hasta el fin logran llegar;
que en el tren del matrimonio
fácil es descarrilar.

HABLADO.

Sin embargo, estoy inquieta!
Que dirá de mí sor Cármen
cuando le cuenten mi fuga?
Yo debiera disculparme,
escribirla... Voy á hacerlo. (*Se sienta, y habla
mientras escribe.*)
Le referiré detalles
de mi pasion por Ricardo...
que le conocí durante
las últimas vacaciones...
que me pidió el sí en el baile...
y que al compás de una polka
nos juramos fé constante. (*Acabando de escribir.*)
Todo se lo cuento aquí.
Vamos, no podrá quejarse
de mi carta; no hay en ella
ni una falta de sintaxis.
(*Buscando la salvadera.*)
Dónde está la salvadera?
(*Llama en la campanilla de la escribanía.*)
Nadie responde? No hay nadie?

ESCENA VI.

MARÍA, el CONDE, luego FIDEL.

CONDE.

Quién repiquetea así
y se atreve á despertarme?

MARÍA.

(Este será el posadero).
Dos horas llevo llamándole.

CONDE.

Eh?

MARÍA.

Está usted sordo?

CONDE.

Al contrario!
(*Tirando del cordon de la campanilla.*)

- MARÍA. Qué hace usted?
CONDE. Lo que usted antes.
FIDEL. (*Saliendo.*) Qué manera de llamar es esa? (El amo!)
CONDE. Tunante!
Llamo como me acomoda.
FIDEL. (Adivino una catástrofe!)
MARÍA. (*A Fidel.*) Traiga usted la salvadera.
CONDE. (*Aparte á Fidel.*)
Quién es esa jóven?
FIDEL. Diantre!
Una jóven que ha creído que aquí damos hospedaje...
CONDE. Que está escribiendo?
FIDEL. Tal vez sabrá que usted va á matarse... y le irá á dar una carta para el otro mundo..
CONDE. Lárgate. (*Dándole un puntapié.*)
FIDEL. Ay! (Me voy que ellos se entiendan; la tormenta va acercándose; el puntapié fué el relámpago y el trueno vendrá mas tarde.)

ESCENA VII.

El Conde. María.

(*Esta sin reparar en el Conde repasa la carta; él se vá acercando de puntillas colocándose á su espalda.*)

- MARÍA. Mientras se seca lo escrito pondré el sobre.
CONDE. (*Leyendo á hurtadillas la carta.*)
(Calle! Calle!)
Ama á un D. Ricardo, y dice que con él quiere fugarse. Hé aquí el fruto pernicioso de esas novelas morales, que á cuatro cuartos la entrega se meten por todas partes.)
MARÍA. Ajá! Cerremos la carta. (*Repara en el Conde.*)
Calla! Está usted espiándome?
CONDE. Me entero, hermosa María, de su nombre interesante.
MARÍA. Curioso es el posadero.

CONDE. Quién, yo?
MARÍA. Sí.
CONDE. Qué disparate!
MARÍA. Pues no es esta la posada
del Caracol?
CONDE. Si no es fragil
mi memoria, esta es mi casa.
MARÍA. Y usted?..
CONDE. El conde del Valle.
MARÍA. Qué oigo! Luego su criado
me engañó?
CONDE. Es mas que probable;
yo soy su amo, y le pago,
y me engaña á cada instante.
MARÍA. En tal caso ruego á usted
que se sirva dispensarme..
CONDE. Se va usted?
MARÍA. En la posada
deben estar ya aguardándome.
CONDE. Don Ricardo?
MARÍA. Si no acudo
la impaciencia va á matarle.
CONDE. La impaciencia?
MARÍA. Y el amor.
CONDE. De amor no se muere nadie,
á ménos que se complique
con una tisis ó un cáncer.
MARÍA. Mal juzga usted á los hombres!
CONDE. Todos son unos tunantes.

ESCENA VIII.

Dichos. FIDEL, con salvadera.

FIDEL. Aquí está la salvadera.
CONDE. (Va usted á ver cuán villano
es el corazon humano.)
MARÍA. (Cómo?)
CONDE. (Atienda usted.) (*A Fidel.*) Espera.
Oye, y habla francamente,
¿quieres á Rita?
FIDEL. Si tal,
la amo... como un animal,
mejorando lo presente.
Mataria hasta á mi hermano
por dar á su amor tributo.
CONDE. Bien, Fidel, eres un Bruto...

hablo del héroe romano.

MARÍA. Eso es amor grande y puro.

FIDEL. Solo ella mi dicha labra.

La idolatro!

MARÍA. Esa palabra
es sublime! Toma un duro.

(Al ir á dárselo, el Conde se lo coge y lo pone sobre el velador.)

FIDEL. Gracias!

CONDE. Aguarda y contesta.

A cuantas juraste amor
antes que á Rita?

FIDEL. Señor,
creo que Rita es la sesta.

MARÍA. Jesús!

FIDEL. Mas Rita contrasta
con todas, y me conviene.

CONDE. Pero es pobre, nada tiene...

FIDEL. Tiene mi amor y le basta.

CONDE. La olvidarás, de seguro.

FIDEL. Olvidarla yo? Primero
perecerá el mundo entero.

MARÍA. Bien, Fidel, toma otro duro.

FIDEL. Gracias! (El mismo juego de antes).

CONDE. Aguarda, no hay prisa.

MARÍA. Qué hace usted?

FIDEL. (Estoy en un potro!)

CONDE. Juntar este duro al otro.

(Poniéndole sobre el velador.)

FIDEL. (Por qué me los decomisa?)

MARÍA. Y aun dirá usted que el amor
no es un firme sentimiento!

CONDE. (Espere usted un momento:
ahora viene lo mejor.)

(A Fidel.) Tú has visto á doña Paz Céspedes?

FIDEL. Esa vieja pitarrosa?...

CONDE. Sí: va á poner en Tortosa
una gran casa de huéspedes.

Yo, por si tu bien consigo
voy a darle un capital
de mil duros.

FIDEL. Mil!

CONDE. Con tal
de que se case contigo.

FIDEL. El llanto innunda mi faz!

Qué delito cometí,
para que usted quiera así

- casarme con doña Paz?
CONDE. Te ofrezco en compensacion
que esos mil duros manejes.
FIDEL. (Santo cielo! No me dejes
caer en la tentacion!)
CONDE. (Vacila). Solo una cosa
mi plan imposibilita,
y es que quieras tanto á Rita.
MARÍA. Como que va á ser su esposa.
FIDEL. Ciertamente que la quiero;
pero tambien es muy justo
que á mi amo le dé gusto,
y no sé quién es primero.
Puesta doña Paz, quizás,
en un platillo del peso
y en otro Rita, confieso
que esta pesaria mas.
Pero si bien se medita
y á doña Paz echo un haz
de mil duros, doña Paz
pesa entonces mas que Rita.
CONDE. (A María.) Saque usted la moraleja.
MARÍA. Fidel, tu porte es indigno!
FIDEL. Sí, señora; me resigno
á casarme con la vieja.
MARÍA. Y Rita?
FIDEL. Es mi dicha toda;
pero renunció á su amor,
aunque me mate el dolor!
(Transicion). Y cuando va á ser la boda?
CONDE. Nunca! Fué un ardid.
FIDEL. (Haciendo pucheros para llorar.)
Yo quiero
mis duros. (Yendo á cogerlos)
CONDE. (Devolviendo á María las monedas.)
Quita, tunante!
Tome usted, y en adelante
mire á quien dá su dinero.
FIDEL. (Esto es atróz! Inmoral!
Ni un maravedí me ha vuelto!
Ahora sí que estoy resuelto!
Hoy canto el rondó final.) (Vase.)

ESCENA IX.

CONDE. MARÍA.

CONDE. Está usted ya convencida?

MARÍA. Fidel es un hombre tosco!
Ricardo no hará eso nunca.

CONDE. Nunca?

MARÍA. Desde que es mi novio
ha cortado relaciones
con esos jóvenes locos
que entre las mujeres fáciles
buscan el amor tan solo.
Ya le habian presentado
á una tal Celia, un pimpollo
del teatro de los Bufos,
á quien daba en su periódico
mucho bombo.

CONDE. Si, á esa chica
le gusta que le dén bombo.

MARÍA. La conoce usted?

CONDE. Ahí guardo
algunos de sus autógrafos.
(Abriendo un cofrecito que hay sobre la chi-
menea).

MARÍA. No extraño...

CONDE. (Sacando una carta.)

Hé aquí su letra.

«Mi bien, sabes que te adoro
y que cuanto tengo es tuyo.
Ya soy partiquina, y pronto
seré prima donna; vén,
si quieres ser primo donno!
Celia Fuenfria.»

MARÍA. Qué jentes!

Así es como esos demonios
pervierten hasta á los ángeles!

CONDE. Entre los cuales, supongo
que cuenta usted á Ricardo?

MARÍA. Como que Ricardo Orozco
es incapáz de engañarme.

CONDE. Apuesto diez contra ocho
á que la engaña.

MARÍA. Imposible!

Juró amarme y de él respondo.
Simpleza!

CONDE. Es usted terrible!

MARÍA. No, señora; soy filósofo.

CONDE. Oh! Calle usted, Mefistófeles!
me voy por no oírle. (Corro
en busca de mi cabát

MARÍA. y huyo: este hombre es peligroso!)

(Entra en la habitacion donde Fidel dejó antes el cabát.)

ESCENA X.

CONDE, luego FIDEL.

CONDE. Qué sencilla y que inocente!
Es un corazon de oro!
Así la engañan mejor.
—Si por un medio ingenioso
pudiera yo disuadirla
de su fuga con el otro...
La prueba es segura. Envío
la carta de Celia al novio...
(Metiéndola en un sobre y escribiendo en él.)
Por dicha, no tiene fecha. *(Campanilla.)*
Parecerá escrita hoy. — Pronto... *(Aparece Fidel.)*
vás á llevar esta carta
dónde dice el sobre.

FIDEL. *(Leyéndole.)* Cómo?
Al meson del Caracól?

CONDE. Busca á Don Ricardo Orozco
y pídele una respuesta
por escrito. Trota!

FIDEL. Troto!

CONDE. No le digas quien te envía.

FIDEL. *(De paso hará otro negocio.)*
Veré á Rita, y si me quiere
y me acepta por esposo,
le digo, abur, á mi amo,
y que él se descrisme solo.)

ESCENA XI.

CONDE. MARÍA.

MARÍA. *(Que ha salido durante las últimas palabras de Fidel.)*
Le ha escrito usted á Ricardo?

CONDE. No, le he mandado el autógrafo
de Celia. Si es á usted fiel,
vamos á verlo muy pronto.

MARÍA. El saldrá bien de la prueba.

CONDE. Cumpla el cielo ese pronóstico!

MARÍA. Pero si fuera capaz
de engañarme ! Dios piadoso!

- CONDE. (Pobre niña! Me dá lástima!
Hé obrado mal, lo conozco.)
- MARÍA. Diga usted, esa tal Celia
de quien oi mil elogios,
es más bonita que yo?
- CONDE. Que há de ser! De ningun modo.
Cómo ha de igualarse á usted,
ni en la pureza del rostro,
ni en la hermosura del alma,
ni en la espresion de los ojos?
- MARÍA. Sin embargo, esas mujeres
tienen, segun dicen todos,
un imán irresistible
para atraer...
- CONDE. Sí, á los tontos.
- MARÍA. Ay! Por qué usted con la duda
ha turbado mi reposo?
La esperanza era mi única
dicha, mi consuelo solo!
No tengo padre ni madre;
el que debió ser mi apoyo,
mi tutor, abandonada
me deja en un cláustro lóbrego,
en tanto que mi fortuna
gasta y derrocha á su antojo.
El cariño de Ricardo
era mi único tesoro
y usted me lo roba, y cifra
en mi martirio su gozo.
- CONDE. No: Ricardo la ama á usted.
- MARÍA. De veras?
- CONDE. He sido un loco
en dudarle. El que engañara
á un ángel seria un mónstruo.
- MARÍA. Gracias!
- CONDE. Aquí está Fidel.
- MARÍA. (De emocion tiemblo y me ahogo!)

ESCENA XII.

Dichos, FIDEL.

- FIDEL. Inicua! Prefiere á Andrés,
y dice que es mejor mozo!
- CONDE. Y la respuesta?
- FIDEL. (*Dándole una carta.*)
Aquí está.

- CONDE. Usted por sus propios ojos
debe leerla.
- MARÍA. No, usted.
- CONDE. (*Leyendo para sí.*)
«(Celia del alma! Te adoro
y en ser tu amante, tu esclavo,
mi mayor ventura logro.»
—Lo que yo esperaba.)
- MARÍA. Y bien?
- CONDE. El contenido es lacónico.
- MARÍA. Lea usted.
- CONDE. «Hermosa Celia,
no me guarde usted encono
si no acepto su cariño
y á sus plantas no me postro.»
- MARÍA. (*Con alegría.*)
Lo que yo dije!
- CONDE. (Infelíz!)
- MARÍA. «Amo á otra mujer.»
- MARÍA. Oh, gozo!
- CONDE. Esa soy yo.
- CONDE. Sí—«A un ángel
y he jurado ser su esposo.
Vea usted en mí un amigo,
y no más.—Ricardo Orozco.»
- MARÍA. Si no podía engañarme!
Esa carta es mi tesoro.
Démela usted! (*Se la quita.*)
- CONDE. Ah!
- MARÍA. (*Fijándose en la carta.*) Dios mio!
Qué leo! Esto es horroroso!
Fingió usted el contenido!
Todos me engañaban, todos!

MÚSICA.

- CONDE. Perdon, pobre niña,
perdon para mí.
- MARÍA. Viviendo engañada
vivía feliz;
sin fé, sin cariño
no quiero vivir.
- El que amor me prometía
me engañaba, me vendía;
Esta carta—prueba es harta
de cuán mal mi fé pagó.
Falsas eran sus miradas
por mi amor tan codiciadas;

sus promesas—cuál pavesas
leve viento se llevó.
¡Y le amaba yó!

CONDE. Llanto amargo, sin ventura
por mí vierte un alma pura.
Esas perlas—recojerlas
en mis lábios quiero yo.
Nunca un ángel tan divino
se ha cruzado en mi camino,
y hoy, impía—suerte mia
ante mí se apareció.
Y ella á otro hombre amó!

MARÍA.	Fuera cobarde debilidad. Lágrimas mias secaos ya.	EL CONDE.	Quien tan villano falta á su fé, solo desprecio debe obtener.
--------	--	-----------	--

MARÍA. No mas al dolor—me quiero abatir;
brindándome amor—está el porvenir,
Trocarse en placer—veré mi pesar,
feliz la mujer—que sabe olvidar!

CONDE. Si el alma el dolor—hoy pudo abatir
brindándola amor—está el porvenir,
Trocado en placer— verá su pesar,
feliz puede ser—quien sabe olvidar.

HABLADO.

CONDE. María!

MARÍA. Déjeme usted!

FIDEL. Los hombres son unos mónstruos!
Y las mujeres lo mismo. (*Saliendo.*)
Engancho?

CONDR. Véte al demonio!

FIDEL. Es que á mí me corre prisa.
Rita me engaña por otro,
y si usted va á dar el salto
le doy yo, y punto redondo. (*Váse.*)

ESCENA XIII.

MARÍA. CONDE.

MARÍA. Ahora, adios, señor Conde.

CONDE. Donde va usted así?

MARÍA. Yo no sé dónde.

CONDE. Quién, si se ausenta, le dará consuelo?

- MARÍA. Quién aquí mi dolor calmar podría?
CONDE. En el nombre del cielo hablarla anhelo!
MARÍA. Qué puede hacer el cielo
en una situación como la mía?
CONDE. Puede dar á usted paz, ventura, calma;
y en cambio de ese amor que fué un capricho,
de verdadero amor llenar su alma.
MARÍA. No hay amor verdadero: usted lo ha dicho.
CONDE. María! Yo también un largo viaje
voy á emprender.
MARÍA. A algún país lejano?
CONDE. Tan lejano, hija mía,
que de allí nadie ha vuelto todavía!
Conoce usted el pico de la peña
de los desesperados?
MARÍA. Sobre el mar pocos hay tan elevados.
Me asustaban con él siendo pequeña.
CONDE. Pues de esa peña hoy mismo
yo me voy á arrojar en el abismo.
MARÍA. Para qué?
CONDE. Para ahogarme simplemente.
MARÍA. En serio?
CONDE. No, en berlina;
me han traído una *ad hoc* que es excelente:
y para tirar de ella espresamente
he comprado una especie de sardina,
un caballo con muermo y lamparones
y que está como yo, sin ilusiones.
Fidel viene conmigo.
MARÍA. Pobre muchacho!
CONDE. Y viene muy contento.
MARÍA. Sabe usted lo que digo?
Que en su berlina quiero yo un asiento.
CONDE. Para usted? Que locura!
MARÍA. Deseo ver el fin de esa aventura.
CONDE. Pobre niña!
MARÍA. Su plan no altero en nada.
Morir quieren ustedes? Yo lo mismo.
Juntos emprenderemos la jornada;
y en llegando al abismo,
cuando usted se hundan, yo me hundo.
Que haya un cadáver más que importa al mundo!
(Con entonación cómicamente trágica.)

ESCENA XIV.

Dichos, FIDEL.

FIDEL.

Señor.

CONDE.

Qué?

FIDEL.

Vengo loco de alegría.

Andrés el posadero,
aseguró que Rita le quería,
pero es un embustero.

Usted dirá que á mi palabra falto,
mas renunció á la plaza de cochero;
el hijo de mi madre no da el salto.

CONDE.

Ve á enganchar al instante.

FIDEL.

Y luego?

CONDE.

Subirás en el pescante.

FIDEL.

Y luego?

CONDE.

Te ahogarás.

FIDEL.

De ningun modo!

CONDE.

Te ahogarás! Te he tomado para todo.

(Váse Fidel como asustado por el tono brusco de su amo. Al llegar á la puerta se da una palmada en la frente y desaparece haciendo un gesto de satisfaccion.)

ESCENA XV.

EL CONDE. MARÍA.

MARÍA.

Y es este el que usted dijo hace un momento
que iba á emprender el viaje tan contento?

CONDE.

El verse amado escita su egoismo.

Quién sabe si al hallarse en igual caso
haria usted lo mismo?

MARÍA.

Como no ha de llegar por él no paso.

CONDE.

Con su encanto el amor aun la convida.

Está usted en el prefacio de la vida!

MARÍA.

Un párrafo he leído, sólo uno,
y cierro el libro sin pesar ninguno.

CONDE.

Se halla usted decidida?

MARÍA.

Al perder la existencia nada pierdo,
y cuanto antes que partamos pido.

CONDE.

No deja usted tras sí ningun recuerdo?

MARÍA.

Lo único que deseo es el olvido.

CONDE.

(Se dirige á la chimenea y vuelve con el cofrecito.)

Tambien yo borraría de buen grado
los mentidos recuerdos del pasdo.

MARÍA.

Tan crueles han sido?

- CONDE *(Sacando del cofrecito una fotografia.)*
Vé usted ese retrato
de ojos tan hechiceros?
Es el de una mujer... delirio grato
de mis años primeros!
(Transición cómica.)
Me juró eterno amor, y al poco rato
huyó á marchas forzadas
con cierto capitán de coraceros,
que tenía seis pies y seis pulgadas.
- MARÍA. La culpa fué de usted. Ella no huyera
con tres pulgadas mas que usted tuviera.
- CONDE. Pues no se me ocurrió.—Falsas promesas...
perfumados escritos...
pronto os veré trocados en pavesas!
*(Echa las cartas al fuego y los demás objetos
que ha sacado del cofrecito.)*
Al fuego! Qué bien arden los malditos!
- MARÍA. *(Sacando también una carta de su bolsillo.)*
Que se quemé también á fuego lento
la carta de Ricardo. *(La quemó.)*
- CONDE. No la ve usted arder con sentimiento?
- MARÍA. Para él ya solo indiferencia guardo
El infierno alimenta sus hornillos,
con las cartas que escriben tales pillos.
- CONDE. Al fuego, al fuego todo!
*(Echando varios papeles y deteniéndose al ir á
sacar otro objeto.)*
Qué iba yo á hacer! No! Tú! De ningún modo!
A tí, suerte mas digna te deparo.
Tú, caro objeto, mas que todos vales.
- MARÍA. Tan caro es para usted?
- CONDE. Qué si me es caro?
Como que me costó diez mil reales.
(Sacando una muñeca, del cofrecito.)
- MARÍA. Ah! Dios mio! Qué veo! *(Reparando en ella.)*
Es ella!
- CONDE. Cómo!
- MARÍA. Es ella! Mi Pepita!
- CONDE. Conoce usted á esta señorita?
- MARÍA. Pues no he de conocerla! Ya lo creo!
Quién se la dió?
- CONDE. Una linda criatura,
hija de un hombre á quien salvé yo un día
de una muerte segura.
- MARÍA. Ah! Mi padre!
- CONDE. Qué dice usted, María?

MARÍA.

Fué usted quien le salvó del precipicio?

CONDE.

Y me costó el dinero tal servicio.

MARÍA.

Bien le reñí por eso.

En un mes no le quise dar un beso:
lo que has hecho—le dije—es un delito,
y para perdonarle necesito
que obres mejor con ese caballero.

Tus caricias no admito

como no le devuelvas su dinero.

Accedió á mis descos obediente.

pero le buscó á usted inútilmente.

Díjome entonces: si el pesar te abruma,

aun es posible que la paz recobres;

Ya que no puedo devolver tal suma,

tú la repartirás entre los pobres.

Lo hice así; y aquel día,

le di un estrecho abrazo en recompensa:

Su emocion fué tan viva, tan intensa,

que lloró de alegría.

CONDE.

Niña hechicera!

MARÍA.

Yo me figuraba

que la limosna que en su nombre hacia,

la ventura de usted aseguraba!

Me engañé! Ni la suya, ni la mia!

*(Con profundo sentimiento y llevando el pañuelo
á sus ojos.)*

CONDE.

Llora usted? Ah! Esas lágrimas que vierte
pueden cambiar nuestra enemiga suerte.

*(Todo el siguiente parlamento con mucho fuego,
rápido y creciéndole hasta el final.)*

El llanto es el rocío

que el alma al cielo implora

en las borrascas del dolor impío.

Aún puede ser feliz aquel que llora!

Cuando revuelto el mar, oscuro el cielo,
estalla la tormenta,

y de las nubes el plomizo velo

el frecuente relámpago ensangrienta;

cuando el bravo marino, antes sereno,

siente mortal desmayo,

y oye con inquietud rugir el trueno,

y vé con susto fulgurar el rayo,

y airado el viento zumba

y el abismo á sus piés abre una tumba;

solo Dios de aplaejar tal furia es dueño,

si el cielo al fin sus lágrimas envía

y le vuelve á mostrar la luz del día

un horizonte límpido y risueño.
Pierde el marino entonces sus temores;
y la lluvia en que el sol se trasparenta,
es el iris de fulgidos colores
que alegre anuncia el fin de la tormenta.
Llore usted! Con el llanto que humedece
sus claros ojos, la esperanza crece.
Dulces serán sus lágrimas. Al verlas
al par del suyo mi pesar se calma.
Esas preciosas lágrimas, son perlas
que el dolor fué á buscar dentro del alma!

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos, FIDEL. (Con librea y sombrero.)

- FIDEL. La berlina está enganchada.
Es hora de partir ya?
- CONDE. María, usted lo dirá. *(Pequeña pausa.)*
No me responde usted nada?
- MARÍA. Yo...
- CONDE. Si usted mi afecto esquiva...
correré á la muerte.
- MARÍA. No!
Yo le mando vivir. Yo
necesito que usted viva.
—Al colegio hoy volveré.
- CONDE. Y puedo con ilusiones
vivir ya?
- MARÍA. *(Dando mucha intencion á sus palabras.)*
En las vacaciones
próximas se lo diré.
- CONDE. Oh! Gracias!—Fidel.
- FIDEL. Señor.
- CONDE. En vez del coche de viaje
engancha el mejor carruaje
con mi caballo mejor.
- FIDEL. Luego usted ha desistido
de dar aquel salto?
- CONDE. Sí.
- FIDEL. Me alegro. Así como así
yo me habia prevenido.
*(Se desabrocha la librea debajo de la cual lleva
un cinturon de vejigas y un paracaidas.)*
- CONDE. Qué es eso?
- FIDEL. Para surcar
el aire, un paracaidas; *(abriéndole)*
y un cinturon salva-vidas

para no ahogarme en el mar.
Cobarde!

CONDE.
FIDEL.

Es una simpleza,
mas con Rita me he de unir.
Bah! Entre casarse y morir
todo es jugar la cabeza.

CONDE.

(Marcando bien el final.) (A María).

Los tres en la eternidad
buscamos remedio al tedio,
sin mirar que era el remedio
peor que la enfermedad.

Hoy que el amor nos convida
con mas venturosa suerte,
tenemos miedo á la muerte
y hermosa hallamos la vida

MARÍA.

En tan súbita mudanza
no hay virtud ni hay heroismo.
Es que al borde del abismo
ha puesto Dios la Esperanza.

CAE EL TELON.—MÚSICA EN LA ORQUESTA.

FIN.

